



CAPITULO II

EL CLASICISMO EN LA POESÍA LÍRICA (CONTINUACIÓN)

La escuela sevillana, su fundación y carácter.—Principales poetas: Matute, Arjona, Blanco, Lista, Reinoso, Roldán, Hidalgo, Castro, Núñez y Mármol.

CON la protección decidida de D. Juan P. Forner, y gracias al pensamiento generoso de unos pocos jóvenes, estudiantes sin experiencia en su mayoría, llegó á constituirse en Sevilla una *Academia de letras humanas*, que, desde su fundación en 1793, contó en su seno á muchos poetas de los que más lucen en la primera mitad del siglo XIX¹. Al mal gusto dominante, al desenfreno ya prosaico, ya antigramatical, herencia bien triste que iba aumentándose con los años, haciendo desaparecer en la patria de Herrera las últimas reliquias del buen gusto y la sensatez,

¹ Lista, *De la moderna escuela sevillana en literatura* (Revista de Madrid, tomo I); Alcalá Galiano (D. Antonio), *De la escuela literaria formada en Sevilla á fines del siglo próximo pasado* (en la *Crónica Española de Ambos Mundos*, t. I, año 1860); Cueto, *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII* (capítulo XVI); Lasso de la Vega (D. Angel), *Historia y juicio crítico de la escuela poética sevillana en los siglos XVIII y XIX. Memoria premiada por la Real Academia sevillana de Buenas Letras*. (Madrid, 1876.)

opuso la nueva escuela, que pronto llegó á adquirir el nombre y aspecto de tal, la autoridad de una tradición respetable, continuada de una manera digna que no cabía esperar de tan humildes principios.

Dotado de más afición que aptitud para el cultivo de la poesía, ninguna escribió de particular mérito el por otra parte insigne anticuario y bibliófilo D. Faustino Matute y Gaviria, médico además, que anteponía las letras al ejercicio de su profesión. Cítanse de él algunas poesías de compromiso; pero únicamente perpetuarán su nombre la multitud y precio de sus investigaciones eruditas y la dirección de *El Correo Literario de Sevilla*, donde aparecieron las primicias y tímidos ensayos de aquella aprovechada juventud escolar.

El futuro Penitenciario de Córdoba D. Manuel María de Arjona (1771-1820) fué su alentador y respetado jefe cuando el tiempo vino á sazonar los frutos del trabajo colectivo, en el que le correspondió no exigua ni ingloriosa parte. Sus estudios eran más severos que los de los demás, y de ello da testimonio la reflexiva gravedad y el espíritu sentencioso y magistral que le distingue como poeta, así en los asuntos de su predilección, como en las formas y en el lenguaje. Conocedor de los clásicos griegos y latinos, no menos que de las literaturas modernas; idólatra de Fr. Luis de León tanto como de Herrera, contra la costumbre de sus compañeros, dió á su criterio más amplitud aún de la que naturalmente tenía con la residencia en Italia, donde compuso un largo poema sobre *Las ruinas de Roma*. Pero antes que todo era un gran horaciano, que encerró el espíritu de su modelo en el molde no bien trabajado de la estrofa castellana con la maestría que se ve en la traducción de la oda (XVI del libro II) *Otium Divos*, en metro análogo al del original y sin alterar el número de estrofas:

Ocio á los dioses en el ancho Egeo
 Pide el piloto cuando negras nubes
 Cubre la luna y las estrellas vibran
 Luces dudosas.

.....
 No la riqueza ni el lictor del cónsul,
 Del alma apartan los tumultos tristes,
 Ni los cuidados que el dorado techo
 Cruzan errantes.

.....
 Sigue el cuidado á las ferradas naves,
 Sigue al jinete en las fugaces turbas,
 Más que los ciervos, más veloz que el Euro
 Dueño del Ponto.

El anhelo de extender los estrechos límites de la métrica española imitando los ejemplos del siglo XVI, y anticipándose sin darse cuenta á los días del romanticismo, fué en Arjona un signo de independencia laudable y un medio de sustraerse al amaneramiento de escuela; pero no siempre agrada la forma de sus nuevas combinaciones; es impropia la de su elegía *En la muerte de Carlos III*, y respecto á la que empleó en *La diosa del bosque*, elogiada igualmente por Quintana y Hermosilla, me atrevo á censurar los finales agudos, no porque lo sean, sino por la dureza del verso combinado con los tres endecasílabos que le preceden. Y sin embargo, esta oda, juntamente con la tan conocida *A la memoria*, son lo más lindo y espontáneo que puede leerse en el repertorio del autor.

También hay allí cantilenas amorosas y rasgos bucólicos en variedad de rimas, donde son coronadas con las rosas de Chipre ciertas *Dorilas*, *Anárdas* y *Fléridas* convencionales por el estilo de las de Meléndez. Sin ser estos temas muy conformes con el carácter de Arjona, todavía los desenvuelve con perfección y desembarazo relativos, asimilándose la grata suavidad y la morbidez perezosa del género.

A otro diametralmente contrario corresponden el

canto *España restaurada en Cádiz*, apoteosis de Padilla y de la Constitución de 1812, las composiciones religiosas *A la Concepción* y *A la Natividad de Nuestra Señora*, *A la muerte de San Fernando* y *Al pueblo hebreo en la Ascensión del Señor*, y muchas imitaciones veladas ó manifiestas en que no por eso desaparece la varonil entereza y el estro poderoso del vate sevillano. El poema sobre *Las ruinas de Roma*, inspirado por la pasión republicana que engendró las tragedias de Voltaire y Alfieri, é imperó sin rival en las aulas de Humanidades, resulta al cabo monótonamente declamatorio, obscuro por el exceso de erudición, y es interminable paráfrasis de un pensamiento mil veces repetido por los autores del Lacio: que la corrupción y el olvido de la virtud antigua causaron exclusivamente la decadencia romana. Mucho invocar las sombras de los Escipiones y Gracos, de Régulo y Catón; mucho entusiasmo digno del más iluso renaciente, y nada de lo que en realidad debía hacerle sentir el espectáculo de la Ciudad Eterna. ¡Extraño término de la educación absurdamente exclusivista que recibió toda una serie de generaciones cristianas! ¡A un poeta católico, sacerdote por más señas, sólo se le ocurre deplorar *Las ruinas de Roma*, esto es, del paganismo muerto, sin acordarse de la Cruz vencedora sobre la cumbre del Capitolio, ni de la inmensa transformación social que se obró por ella en Europa, ni de la sublime epopeya comenzada en la sangre de los mártires, y que no ha de terminar sino con el mundo! El neoclasicismo de Carducci y sus imitadores es más brutal y más franco en sus ataques; pero coincide en parte con este olvido desdeñoso que trajo á la poesía un artificio estéril á costa de la perdida sinceridad. El procedimiento de Arjona tiene disculpa en la práctica universal y por tantos respetada, fuera de que no faltan en el poema ¹

¹ Se imprimió por primera vez en Madrid (1808).

trozos de verdadero entusiasmo lírico y acrisolada corrección.

Lo que no debe callarse es que en ésta, como en casi todas las obras poéticas de Arjona, se advierten una premiosidad y aspereza de rima desacostumbradas en los líricos sevillanos: los versos parecen traídos por el esfuerzo del cálculo, y son más bien ligaduras que desahogado ropaje de las ideas. Arjona es en este punto la antítesis de D. Alberto Lista, y me causa bastante extrañeza que los críticos no hayan reparado hasta hoy en un defecto tan patente.

Del celeberrimo *D. José María Blanco (*White*) he de decir lo que única y directamente debe entrar en una historia de la literatura, dejando á sus biógrafos ¹ la minuciosa relación de las tristísimas aventuras por que hubo de pasar aquel hombre de singulares destinos, prófugo desventurado en quien ni el amor á las letras, ni el lenitivo del estudio, ni los esplendores de la fama, sirvieron para calmar una de esas miserias profundas que, no por lo culpables, excitan menos compasión. Hay dos períodos muy distintos en su vida (1775-1841), y llenan el primero las aficiones literarias que se despertaron en él muy pronto, y al mismo tiempo que su amistad con Lista y los demás compañeros de la Academia de Letras Humanas. En la colección que hizo ésta publicar á fines del pasado siglo ² van incluídas algunas composiciones que, junto con las muy pocas dadas á luz en los periódicos de Madrid y Sevilla, constituyen casi el total de las de Blanco; porque durante su larga estancia en Inglaterra sólo en dos solemnes ocasiones, y ya muy cercano al sepulcro, volvió á cantar en la hermosa lengua de su

¹ Véase entre otros á Menéndez Pelayo (*Historia de los heterodoxos españoles*, tomo III, libro VII, capítulo IV).

² *Poesías de una Academia de Letras Humanas de Sevilla* (Sevilla, 1797).

patria. Sus odas sagradas y profanas son de corte herreriano, y en la que dedicó *A Carlos III, restaurador de las ciencias en España*, comienza con una pintura del Olimpo y un vaticinio profético que hace recordar involuntariamente la canción *A Don Juan de Austria* por el plan y por el estilo. Reune el de Blanco una pureza intachable y una elegancia; que agradarían más si no prodigase tanto las descripciones innecesarias, los lugares comunes y las frases hechas, distinguiendo las exigencias peculiares de cada asunto.

Blanco se acercó al tono grandilocuente de Quintana cuando quiso cantar *El triunfo de la beneficencia*; fué poeta bíblico en la égloga de *El Mesías*, más libre de afectaciones que sus primeras odas religiosas; presta al verso, por medio de la imagen, verdadera modelación plástica en *Los placeres del entusiasmo*; pero nunca fué propiamente lírico, ni obedeció al impulso del sentimiento natural, nacido del fondo del alma, hasta que, nublada su vista al reconocer el camino andado, y próximo á perderse en la eternidad, renovando la memoria de padres, amigos y recuerdos, todos perdidos para siempre, contempla con intrepidez, hija del desaliento, los peligros de *Una tormenta nocturna en alta mar* (1839), ó dicta en Liverpool, un año antes de su muerte, las hermosas estancias de *La voluntariedad y el deseo resignado*:

¡Oh traidores recuerdos que desecho
De paz, de fe, de maternal ternura
No interrumpáis la cura
Que el infortunio comenzó en mi pecho!
Retírate de aquí, no me derritas
El corazón que he menester de acero
En el amargo día
De angustia y pena que azorado espero.

Véase ahora, aunque modificada, algo de la sencillez pura y majestuosa de los místicos españoles:

¡Qué rápido torrente,
 Qué proceloso mar de agitaciones
 Pasa de gente en gente
 Dentro de los humanos corazones!
 ¡Quién que verlo pudiera
 Furioso, desfrenado, ilimitable,
 En el mundo creyera
 Que hubiese nada fijo, nada estable!
 Mas se enfurece en vano
 Contra la roca inmoble del destino,
 Que con certera mano
 Supo contraponerle el ser divino.

 ¡Deseo silencioso
 Fuera del corazón nunca expresado!
 Tú eres más poderoso
 Que el que aparece de violencia armado!
 Cual incienso suave
 Tú subes invisible al sacro trono,
 Sin que tus alas grave
 La necia terquedad ni el ciego encono.
 Del escondido ruego
 Por el querer divino limitado
 No perturba el sosiego,
 Ni temor del azar, ni horror del hado.

Excuso decir, porque es bien sabido de todos, que D. José María Blanco, descendiente de una familia irlandesa y nacido en Sevilla, donde llegó á ser, ordenado ya de sacerdote, Magistral de la capilla de San Fernando, emigró á Inglaterra abandonando la fe católica para hacerse incrédulo, protestante y *unitario* al fin, hasta su muerte, ocurrida en Liverpool el 20 de Mayo de 1841¹.

¹ Blanco es autor de un hermosísimo soneto en inglés, que transcribo juntamente con la versión parafrástica que de él ha hecho el poeta colombiano D. Rafael Pombo:

Mysterious Night! When our first parent knew
 Thee, from report divine, and heard thy name
 Did he not tremble for this lovely frame
 This glorious canopy of light and blue?
 Yet'neath a curtain of translucent dew
 Bathed in the rays of the great setting flame,

Su inseparable amigo D. Alberto Lista¹, el poeta más conocido é influyente de la nueva pléyade sevillana, poseyó muy varias aptitudes, entre ellas la del magisterio, que ejerció con muchos de los ingenios insignes que después habían de figurar al frente del

Hesperus with the host of heaven, came,
 And lo! Creation widened in man's view.
 Who could have thought such darkness lay concealed
 Within thy beams, o' sun! or who could find
 Whilst fly, and leaf, and insect stood revealed,
 That to such countless orbs thou madest us blind?
 Why do we then shun death with anxious strife?
 If light can thus deceive, wherefore not life?

Al ver la noche Adán por vez primera
 Que iba borrando y apagando el mundo,
 Creyó que, al par del astro moribundo,
 La creación agonizaba entera.
 Mas luego, al ver lumbrera tras lumbrera
 Dulce brotar y hervir en un segundo
 Universo sin fin... vuelto en profundo
 Pasma de gratitud ora y espera.
 Un sol velaba mil; fué un nuevo Oriente
 Su ocaso, y pronto aquella luz dormida
 Despertó al mismo Adán pura y fulgente.
 ...¿Por qué la muerte al ánimo intimida?
 Si así engaña la luz tan dulcemente,
 ¿Por qué no ha de engañar también la vida?

Lista hizo otra traducción de este soneto muy mediana, como advierte bien Menéndez Pelayo. No obstante, Blanco escribió acerca de ella á su antiguo compañero: «Tu traducción de mi soneto inglés es perfecta. Está, no solamente traducido, sino mejorado. Te lo agradezco». (Carta del 30 de Septiembre de 1839, publicada por vez primera en el *Archivo Hispalense*, revista de Sevilla, núm. 1, correspondiente al 15 de Mayo de 1886.)

¹ Nació en Sevilla el 15 de Octubre de 1775. Dedicado á los estudios, sobresalió por su afición á las Matemáticas y á la Literatura. Profesor desde sus primeros años y sacerdote más tarde; sorprendido por la guerra de la Independencia, durante la cual incurrió en la nota de afrancesado, sufrió por esta causa un destierro, del que regresó á España en 1817. Fué en la segunda época constitucional (1820-23) director del célebre colegio de San Mateo, colaborando á la vez en *El Censor* con Miñano y Hermosilla. Dirigió en Cádiz otro colegio desde 1838, recibiendo á poco el nombramiento de Canónigo en Sevilla, donde falleció en 1848. De sus *Poestas* hay tres ediciones (Madrid, 1822 y 1837; París, 1834) ordenadas por el mismo Lista, en las que faltan algunas, y principalmente *El imperio de la estupidez*, poema póstumo, incluido en el tomo III de *Poetas líricos del siglo XVIII*.

móvimiento literario, dirigido en parte por él mismo con un criterio prudente y conciliador. Al dar á luz en 1822 el volumen de sus *Poesías*, fueron unánimes y bien merecidos los elogios que le conquistaron; pues si no mostraban nuevos horizontes, ni hervía en ellas el soplo revolucionario que popularizó las de Quintana, eran la brillante ejecutoria de un lírico que en el género religioso excedía á todos los del siglo anterior, que imitaba á Meléndez con una perfección reservada á pocos, emulando además la filosofía de Rioja y la brillantez calderoniana.

La muerte de Jesús es una joya de tan alto precio y tan conocida, que hace inútil el análisis: el fervor y el sentimiento que animan sus estrofas desvanecen la afectación producida por el lenguaje de escuela, y se resuelven en afectos que, á manera de raudal tranquilo, brotan de las profundidades íntimas del alma. No así las restantes composiciones sagradas de Lista, en que las ideas, el plan y la frase están mecánicamente distribuídos, no con el bello desorden, ni siquiera con la espontaneidad de la inspiración propia, sino con el rigorismo técnico y la meticulosa regularidad de quien tiene el modelo delante de los ojos para no desviarse de él en nada. Acaso deben exceptuarse *El sacrificio de la esposa* y *El canto del esposo*, que, si bien con adornos inconvenientes, reproducen el epitalamio del *Cantar de los Cantares*, cuyo recuerdo hinche de insólitas armonías el arpa del poeta, asido igualmente á las divinas canciones de San Juan de la Cruz. Las dificultades que le crea su anhelo de encerrar en las estrecheces de la forma académica emociones que por su ilimitación se desbordan de ella, como espumante licor de los bordes de un vaso poco profundo, aparecen heroicamente superadas hasta donde es posible, supuesta la natural antítesis de ambos elementos. Dice así á la esposa:

¡Ah! En el sagrado y solitario huerto
Miro entre humildes flores erigido
El tronco augusto en que, de amor herido,
El dios de los amores pende yerto.
Aquí la paz del mundo
Y la salud y vida de las tierras,
Y el terror del profundo
Entre tus brazos victoriosos cierras;
Y el raudal sacrosanto
Colora en sangre tu virgíneo manto.

Este es un misticismo refinado y elegante, que ha perdido su concentrada esencia al pasar por la alquitara de la pulcritud y del ingenio; es una falsificación primorosa, pero falsificación al cabo. Para que se vea cuánto influyen en la producción poética las exterioridades, al parecer indiferentes, del metro y de la rima, léanse las liras de *El canto del esposo*; y aunque amplificadoras y desmayadas, bien se siente que conservan algo del espíritu al conservar la forma de su insuperable modelo.

Para lo que no nació Lista fué para manejar la lira de Tirteo, ni para ejercer en poesía el oficio de moralista ó censor; sus cantos heroicos son lo más frío y desagradable de la colección, y las máximas doctrinales se apoyan en el frágil cimiento de la alegoría, cuando no se convierten en repeticiones vulgares, quedando siempre dueña del campo la descripción nimia, aunque por lo común animada y espléndida. En las octavas reales de *La vida humana* está perfectamente definida esta *manera* en lo que tiene de favorable y en lo defectuoso.

Como tan hábil artífice de la forma externa, fué Lista un portento en el arte de remozar obras de idiomas extraños; y no digo traducir, porque no lo hizo nunca de veras aun intentándolo de propósito, ni se lo consentía la uniformidad invariable de su expresión poética, y la ineptitud consiguiente para cuanto tendiese á contrariarla. Las que él llama *traducciones*